

CAÑA BRAVA



LUIS DOBLES SEGREDÁ

EDEL

LUIS DOBLES SEGREDÁ



Caña Brava

Versión 1.0 EDEL – Editorial Electrónica
<http://guiascostarica.info/edel/>

Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Costa Rica](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/).

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/>



El diseño y diagramación de este libro se comparte con una Licencia Creative Commons para compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra. Debe reconocer los créditos de la obra, no puede utilizarla para fines comerciales y no se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de la misma.

ÍNDICE

Espejo Encantado

Como Comer Tortilla

¡Qué Fregao!

Cara Afeitada

Fe de Bautismo

Piedras Hermanas

Ruido de Alas

La Caña Sagrada

La Culebra Negra

Las Mapuchas

Pa eso somos hombres

Alma de Tenorio

Oro y Lodo

Don Benjamín Desgracias

In Bianco Avvolta

Evocación Romántica

Las Primeras Caídas

¡Adiós!

Espejo Encantado

*Espejo encantado ... Espejo encantado,
como en el que Fausto miró a Margarita.
Donde se proyecta, donde resucita
—visiones efímeras— todo lo pasado.*

F. VILLAESPESA

Aquí, de codos sobre la cortina del viejo Puente de Pirro, en el desangre de esta tarde veraniega, herida de celajes, he oído la voz de las sagradas piedras.

En la capilla del alma, va despertando mística orquestación de recuerdos.

Miro este pobre río, turbio y astroso, como un mendigo, torcerse en el fondo, entre las erectas y nobles cepas de caña brava, ebrio con ese vino sucio de la melaza del café. Mi cara inexpresiva mira hacia el fondo, con el fastidio de quien no tiene otra cosa en qué fijar los ojos. Quizá como si en aquel asco del río fuese mi excepticismo buscando reflejo y símbolo de la vida.

Pero he aquí que, de pronto, algún invisible Mefistófeles viene a traerme su redoma con el elixir maravilloso que rejuvenece.

Como ante un espejo encantado aparece, en la retina del recuerdo, mi prestancia asustada de niño tímido que hace veinte años se alargaba, con instintivo espanto, poniéndose en puntillas para hurgar el abismo, sobre la línea del antepecho.

Siento otra vez, como en aquellos años, urgencia de asirme estrechamente a las piedras de esta cortina para estar seguro de no perder la cabeza. Buscan mis ojos, inquietos al sondear el vacío, aquella sensación de miedo y de atracción con que llama y aleja la boca engañosa del abismo.

Se agitan en las órbitas, como si el temor de ayer fuese hoy incitante voluptuosidad que los aguijoneara.

Pero hoy, acodado sobre tu cortina, viejo Puente de Pirro, ya no siento el infantil horror y miro al río sin otra sensación que el asco de sus miasmas.

Se estruja la nariz para cerrales paso y los ojos se tranquilizan, nostálgicos de aquella voluptuosa inquietud, mientras cabecea en el fondo la esbelta caña brava.

Quiero volver a despertar en mí la dulce infancia que se escapó, sobre la pampa caldeada, aguijoneando sus potros sin regreso.

Y, al impulso vivo del recuerdo, acerco una gran piedra y me encaramo en puntillas, como antaño lo hiciera, para estirar la cabeza inquisidora sobre el muro.

Se escurre y rueda la piedra bajo la presión de mis pies y entonces, siento de nuevo, el terror de los primeros años y nace en mí, como flor que creciera bajo muchas cenizas, toda la espiritual presencia de aquella infancia calcinada.

*«Mientras cabecea en el fondo
la esbelta
Caña Brava»*

Como Comer Tortilla

Junto a mí oigo la voz de Vital Orozco, un mocetón moreno y semisalvaje de hace veinte años.

—¡Vean qué pollada, palomos!

Lo veo subir de un salto sobre la albardilla de la cortina y andarla, corriendo de un lado a otro, con una caña brava en las manos, haciendo de balancín, como saltimbanqui sobre una maroma.

Mi carilla asustona, de personita tímida, hace asombros en presencia del héroe y el corazón salta adentro, con la zozobra de quien comprende el salvaje horror de aquel peligro.

—¡No seas bruto, Vital, no seas bruto!

Es la ansiedad conciente de quien sabe que un fatal resbalar sobre el musgo de las piedras, una racha de viento, un mareo de la cabeza, harían rodar al abismo, para mancharlo de sangre, toda la heroica locura y toda la belleza de aquel granuja de trece años. Pero luego, cuando Vital llega al término de la cortina, después de aquel desafío con la muerte, y saluda, desde el ángulo extremo, a su público de chiquillos, siento que en mí surge y se exalta la heroicidad y la bravura de aquel negro semi-salvaje, y grito entusiasmado:

—¡Eso es reata! ¡Qué chirota!

Otro le grita saludando el triunfo: —¡Qué bárbaro, Vital! ¿Y si te enreda el diablo los pies?

Responde convencido:

—El diablo se friega . . . ¿Esto pa qué? —Y abriendo la camisa, sobre el pecho, todavía oleante de emoción, muestra un escapulario de la Virgen del Carmen.

¡Heroico y devoto el granuja!

Si este Godofredo de Bouillon hubiese sido en aquellos tiempos, con el signo de los cruzados habría subido sobre los cuernos de la morisca Media Luna y habría sido también primer Rey Cristiano de otra Jerusalén.

Lo miro engrandecerse, levantarse más alto sobre aquel pedestal de piedra tosca y, al aplaudirlo, con manos todavía temblorosas por el espanto, aplaudo en él a todos los valientes aventureros que oí en los cuentos, que leí en las historias y que soñé en mis fantasías de muchacho.

Se van fundiendo en mi alma, Alí Baba y Simbad el Marino, Francisco Pizarro y Alejandro Magno, y al fundirse, va surgiendo este humilde negrilla semisalvaje.

Suma y personifica entonces Vital para mí todo lo que hay de noble y hay de fuerte y hay de heroico en todos los tiempos.

Y, en el fondo de mi alma deseo ser temerario como él y correr sobre la cortina, sin conocer el miedo.

Mis manos de niño, que comprimen el Puente, sienten impulsos de repetir la hazaña, y, repentinamente, me encaraman a horcadas sobre el antepecho. Pero luego, pálido, nervioso, entumecida la lengua, tengo que buscar una mano amiga para desmontarme, para sacar aquel pie que, colgado sobre el vacío, siente que falta el estribo de una temeridad.

Y así comprendo cómo este querido negro tiene fuerte la cabeza y seguras las piernas y fiero el corazón. Siento necesidad de admirarlo y levantarle un monumento entre mis veneraciones de chiquillo.

Y lo levanto:

—¡Chócala, Vital, sos un valiente! —Eso pa mí es como comer tortilla. La cuestión es no ver pa abajo.

Y me golpea la espalda con la misma caña brava que le sirvió de balancín.

*«Con la misma
Caña Brava
que le sirvió de balancín»*

¡Qué Fregao!

El recuerdo es evocador.

Veo otra tarde una mano traidora que arrebató mi humilde gorrilla de colegial para lanzarla a la corriente. Con desesperación la miro bajar, como pájaro escapado de la mano; la desesperación de quien no puede detenerla en su caída, de quien muerde la angustiosa seguridad de haberla perdido para siempre. Pero he aquí que, al enturbiar mis ojos el rocío de las primeras lágrimas, en que resume mi dolor lo que vale comprender la impotencia, oigo cerca la voz de Vital Orozco.

—Por eso no se llora. ¡Maricas!

Se lanza por las quiebras del repecho hasta llegar al río. Le siguen mis ojos corriendo por la riba tras la pobre cachucha, hasta darle alcance. Lo miro sacarla en la punta de una caña brava, quebrada al pasar y, mientras aquel loco la levanta con aires de triunfo, como si izara una bandera, mi alma compungida va volviendo a serenarse y abre el labio la sonrisa que regresa.

Y al llegar arriba Vital, otra vez sobre el Puente, con la presa en la mano, todo su orgullo se acendra y estalla en una frase:

—¿La cogí o no la cogí?

Es la evidencia de un hecho.

Y para dar las gracias, y para aplaudir la hazaña y para reconocer el servicio y para todo, mi pobre cabeza, atormentada por tantas emociones, sólo atina a sonreír y a juntar sus pensamientos en un haz, como se juntan las manos para un rezo.

—¡Qué fregao!

Mientras sacudo la gorrilla para sacarle el agua, me quedo pensando cuánto quiso decir aquella pobre frase y, sin atinar a hacer otra más bella, la repito convencido.

—¡Qué fregao!

*

**

Pero una nueva escena nos agita.

Vital, el mismo generoso muchacho que ha descendido hasta el río para coger mi gorra, ha tenido una crueldad.

Ha tomado el sombrerillo del chico que lanzara el mío y lo ha despedido por el mismo camino.

Luego se ha vuelto hacia el granuja con profunda ironía.

—Ese lo sacas vos, si querés, y si no, que te lo pesquen en Puntarenas.

Es una cruel venganza pero, en el fondo, es la mano de la Justicia que hace compensaciones.

Y el buen Vital se engrandece otra vez ante mis ojos y ante los ojos de todos, como un Rey Salomón que da a cada cual su merecido.

Y agita en sus manos la caña brava como si fuese la vara de los jueces.

—Con la vara que mides serás medido, exclama.

Al través de la entreabierta camisa del muchacho busco el escapulario y pienso. ¡Es el diablo que se ha enredado los pies!

El granujilla mide la resuelta actitud, sabe que no hay apelación y rabioso, como perrillo de falda en presencia de un tigre, huye ladrando, baja el ribazo y persigue el sombrerillo que ha quedado prisionero entre unas raíces.

Va a cogerlo, pero le falta la tierra fofa y cae al agua de donde sale hecho una ruina.

¡Es la mano de Dios que lo ha empujado!

Esta escena deja en mi alma la más santa y austera devoción por la Justicia.

Entonces Vidal cree oportuna una explica-y agita ceremoniosamente su tirso de caña brava.

—Eso le pasa por fregao.

La palabra vuelve a sonar en el corro infantil con un sentido diverso del que antes tuviera.

Y este fregao —¡raro poder de las palabras!— resume, como en un haz también, todo lo que podría decirse del granuja por taimado, por picaro, por ruin.

El buen Vital es filósofo a su manera y hoy, con veinte años por medio, aquel decir:

—Eso le pasa por fregao.

Es la más viva lección de cómo una Justicia superior, que rige todo, va poniendo compensaciones en cada alma mezquina.

¡Oh mi querido filósofo de trece años! Tus palabras sencillas, y sin retórica, dejaron entonces en mí y dejan hoy, más noble sabiduría y más seria enseñanza que los tomos de filosofía después leídos.

*«Y agita ceremoniosamente
su tirso de
Caña Brava»*

Cara Afeitada

La piedra negra, con admirable primor labrada en grandes bloques, apenas si parece superpuesta y sostenida por milagroso equilibrio.

Sólo se ve la mancha blanca de la argamasa en el arco de la bóveda; pero, en los estribos y en las cortinas, las piedras parecen estar agarradas unas a otras por atracciones de imán. Diríase que con desquiciar una vendría al suelo todo el Puente, como castillo de naipes.

Se juntan las piedras estrechamente, tan estrechamente que a trechos parecen haberse fundido en una sola. Sólo en la parte alta de la cortina las hendeduras se marcan y acentúan de más viva manera.

Esta piedra, de finísima granulación, está labrada de modo tan hábil y sientan unos bloques en otros con tal seguridad, que bien puede creerse que estuviesen sueltos.

Conservan la castidad de su desnudez. No los disfraza la vestidura del repello que afea toda la gracia de las piedras y disimula todas sus vergüenzas.

Seguro este Puente de su noble fábrica, hecha con seriedad estable, como construían los abuelos del Fusil de Chispa, sin remiendos, sin cuñas, sin grietas, tuvo a orgullo mostrarse desnudo, como quien sabe que no tiene máculas ni lacerias que asqueen el ojo.

Fuerte y desnudo como atleta de los gimnasios espartanos.

*

**

Me gusta este viejo Puente franco, que muestra toda su musculatura formidable y da la conciencia de su fortaleza.

No tiene la hipócrita cortesanía de esos puentes modernos que visten sus flaquezas con repellos brillantes, cargados de molduras y colgajos, como lechuguinos presumidos, que se llenan de perifollos. No sabe uno si bajo aquel disfraz está escondido un esqueleto enclenque y mal trabado que va a descoyuntarse con cualquier sacudida.

El remate de la cortina es una albardilla hecha con la misma piedra negra, saliente unas dos pulgadas. Apenas lo necesario para que resbale la lluvia.

Luego es liso de arriba a abajo, del pretil al muelle, sin una columna, sin una cornisa, sin una archivolta, sin una estría. Sencillo, como quien está enterado de que su misión es abrirse sobre el río, todo fortaleza, y no emperejilarse para coquetear delante de las gentes. Allí está cerquita otro puente sobre la quebrada del Burío, nuevecito, puede ser su biznieto, y ya está hecho una lástima. Tenía cuatro maceteros y han fenecido; tenía unas torrecillas y allí están hechas ruina; tenía un poyo de cal y canto para que reclinasen su fatiga las parejas de enamorados y allí está hundido bajo los rellenos de la carretera.

Aquí, frente a este Puente masculino habría terminado la pendencia de los gramáticos sobre la ambigüedad de la palabra. ¿La puente? ¿El puente? Este sustantivo de piedra es masculino y singular.

Sencillo de arriba a abajo y austero de derecha a izquierda como la cara afeitada de los abuelos. Fuerte como los brazos de aquel Nicolás Chaves, que fue ordenando estas piedras y levantándolas, unas sobre otras, con sus poleas y sus plomadas.

Noble y altivo como esa erecta caña brava que arranca del ribazo y, sin aspaviento alguno, levanta en silencio su rectitud interminable.

*«Como esa erecta
Caña Brava
que arranca del ribazo»*

Fe de Bautismo

Tiene, no obstante, un saliente en mitad de la cortina. ¡El único! Saliente de una pulgada, en forma de ancha columna, sin zócalo y sin capitel, ancho fuste no más. Está del lado del río, en la cortina del norte, y corresponde a un entrante del lado de la calle, sobre el cual se acomodó el óvalo de una losa de mármol, donde se dijo su fe de bautismo. Ese mármol, arrancado después, sabe Dios por qué manos, fue hecho astillas bajo las ruedas de las carretas; no quedó de él sino el alveolo donde estuvo empotrado.

Mejor así, que si se escapa entero habría tenido la mala fortuna de los viejos palimpsestos y estaría señalando el lugar donde murió o donde nació algún señorón de esos que tienen derecho a lápidas.

Quizá el mismo Puente miró con regocijo eliminar aquel postizo que lo mortificaba como un sobrehueso.

Además era una losa redundante que hacía lo que muchos hombres, repetir las cosas en media calle, como si las hubiesen inventado, apropiándose y dando por suyas ajenas opiniones. Lo digo porque allí, en la otra cortina, está, en igual posición, la verdadera lápida del Puente. La verdadera porque no se significó, como la otra, con su pequeño relieve del lado opuesto, detalle que le da más carácter de armonía con el puente. Y por algo más: por ese altivo desdén a los hombres con que se manifiesta. La otra, más vanidosa, saltó sobre la calle para que todos la admirasen y ya le han dado su merecido las ruedas de los carros. Ésta, más sabia, quizá más humilde, se quedó del lado adentro, sobre el río, sobre el ojo del puente, adonde no llegan, sino muy raras veces, las miradas curiosas y donde los hombres no podrán alargar las manos destructoras.

Allí está todavía mirando correr el agua sin que le cuenten los minutos.

*

**

Aparte de estas cuestiones de psicología lapidaria, ambas losas fueron gemelas.

Ésta, como la desaparecida, es una gran piedra ovalada de grueso mármol blanco.

En ella está escrita toda la breve historia del Puente. La guarda con cariño y la suspende sobre el vacío con un secreto afán de no perder su partida bautismal.

Dicen las letras negras, hundidas en bajo relieve:

CONSTRUIDO BAJO
LA ADMINISTRACIÓN
DEL
DR. DN. JOSÉ M. CASTRO
Y
DIRECCIÓN DEL INGENIERO
DN. ANJEL M. VELÁZQUEZ

-0-

COMENZADO EN DICIEMBRE DE
1866, Y CONCLUIDO EN AGOSTO
DE 1867

Lo dice la lápida así, sin una sentencia en latín, como es uso y costumbre, sin un manojo de laurel o de espigas, sin una flor esculpida, sin un símbolo, sin siquiera un reborde en el mármol.

La losa austera, limpia de adorno, con los caracteres noblemente trazados, sin rebusco y sin estudio.

Cayeron en ella las letras como le vino en gana al lapidario y ni siquiera tuvo cuidado en estudiar cuáles debían ir en una línea y cuáles en la otra, como mandan los rituales con que estas losas se uniforman.

Ni las mayúsculas toman actitudes ceremoniosas de letras de misal, ni los números se dan la importancia de vestir capa romana, como usa la moda en estas fechas de recordación. Es simplemente la etiqueta de un gran fardo.

Otros, que de estas cosas saben, vengan a censurar el desorden y la sencillez aldeanota de esta piedra, yo la quiero más por eso. Y han de quererla más así las humildes cañas bravas que desde el fondo la escudan con sus lanzas legionarias que no saben protocolo.

«Las humildes
Cañas Bravas
que desde el fondo la escudan»

Piedras Hermanas

Se hunde el Puente en la tierra quién sabe hasta qué profundidad, buscando solidez, y se levanta una vara sobre la calle con esa misma solidez que desde el fondo le viene.

Algunas plantas pretenden escalar las paredes.

Extienden sus pobres raíces hambrientas sobre la dura piedra. Las extienden largamente, adelgazándose, buscando una grieta en qué hundirse a pedir limosnas de tierra y vuelven hacia el suelo, desconsoladas de una peregrinación estéril.

Las piedras apretadas, estrechan las junturas y les cierran el paso, como si por instinto comprendieran que una pequeña vacilación, una pequeña abertura, sería bastante para perderlas.

Si esas raíces penetraran se engrosarían, se fortificarían hasta convertirse en ariete y derrumbarían toda la majestuosa fortaleza.

Pero esas piedras saben lo que están defendiendo.

¡Son de los tiempos del Fusil de Chispa, cuando las piedras del istmo americano se apretaron y cerraron el paso al invasor filibustero!

Por eso se cierran, por eso no dejan que penetre el tentáculo fatídico de esas raíces que llegan mimosas e insinuantes a clavar su aguja destructora.

Conocen la falsía de esas insinuaciones y se resisten a escucharlas. Responden a esas raíces que buscan tierra y asechan grieta, con la limpieza de sus poros y la estrechez de su fraternidad.

Este Puente, humilde y sencillo como es, resulta una alta lección de fortaleza y de prudencia.

Muda solución de muchos problemas sociales que nos preocupan.

*

**

Las raíces, como dedos enfermos y lánguidos, alargados por el dolor, me hacen pensar en manos anémicas que quieren agarrarse a la vida con toda su fuerza y se aprietan trágicamente a sus paredes, implorando migajas de sol, migajas de aire, para volver después desvanecidas, llenas de desconsuelo y moribundas, a confundirse con la tierra de la cual salieron y a la cual han de tornar.

Mirándolas, desde la cortina del Puente, en esta tarde de verano, les voy teniendo piadosa lástima y hasta me empieza a morder la crueldad de esta piedra que no las ampara, que las expulsa, que las rechaza. Pero pienso también en el Puente que se defiende y entonces la ilusión es completa.

Son el espectro de la tuberculosis que rastrea sobre el pulmón de este Puente, sin poder asirse, sin lograr herirlo.

¡Noble Puente de Pirro! Me apoyo en tí como en el hombro de un viejo campesino que me habla de los buenos tiempos de sencillez cristiana en que el gañán crecía en pleno campo, como tú, sano de

pensamiento y fuerte de musculatura. Tú despiertas en mí devota admiración por ese Doctor Castro que te inició, por ese Angel

Velazquez que te dio forma y por ese año 66 en que viste la luz. Por todo eso que huele todavía a humo de aquel Fusil de Chispa de los abuelos.

Aspiro a ser como una de estas fieles cañas bravas que acompañan tus vejece como ayer tus mocedades.

*«Como una de estas fieles
Cañas Bravas
que acompañan tus vejece»*

Ruido de Alas

Recordando, recordando, como magnetizado por el imán de la hondura, he vuelto a apartar la maleza para buscar el trillo que conduce al riachuelo.

Con el mismo paso emocionado de antes voy descendiendo a lo largo de él, como si marchara sobre el lomo amarillo de un caminito de serrín en uno de aquellos portales que embelleció mi fantasía de niño.

En mitad del trillo un viejo tronco, casi podrido, me estorba el paso. Ha caído sobre el sendero, al peso de su ancianidad. Me siento sobre este cadáver para contemplar el Puente.

Es buen sitio para gozarse en toda su magnitud, pero he aquí que, al sentarme, el tronco se estremece y oigo un ruido de alas sobre mi cabeza.

Es una pareja de pájaros que ha salido a escape.

El viejo tronco tumbado ha sido fecundo, como un vientre. Muerto sobre el camino, alienta todavía con su savia robustos mamones.

¡Bello poder de las fecundidades!

Sobre uno de estos renuevos, los pájaros han nidificado. Allí estaban, soñando con la paz de la tarde, cuando rompió su sueño, de luz y de amor, esta inocente sacudida.

La produjo mi cuerpo sobre el tronco y fue subiendo a lo largo de los mamones, sacudió el nido, con un temblor extraño, y puso espanto en los pobres pajarillos.

¡Todo va encadenado, todo circula de eco en eco, de reflejo en reflejo! Piedra que cae sobre agua tranquila y la agita en ondas; ondas que forman ondas y mecen la brizna.

Pero estos pájaros habrán sentido temblar su choza mil veces, el viento la habrá sacudido seguramente muchas. Quizá entonces no huyeron. ¿Por qué ahora?

Se adivina que han asomado sus cabecillas nerviosas para inquirir y han visto a un hombre. ¡Allí el peligro!

La bestia cruel que rompe los nidos, roba los huevos y aprisiona los pájaros.

¡El hombre que pide respeto y libertad para su vida y se goza en maltratar la ajena!

Me he asomado a la taza del nido. Dos huevecillos están dentro y se percibe, o se adivina, que emana de ellos tibieza de la materna pluma. Apenas mis ojos se abren en su contemplación, los dos pájaros chillan a lo lejos.

Han ido a posarse sobre la cortina del Puente y me espían con ojos de odio y de sangre.

Los veo agitarse saltando de un cabo al otro de la cortina, como lo hacía Vital Orozco, y llamea en sus ojillos la desesperación.

Comprendo y sonrío para tranquilizarlos. Los llamo con signos afectuosos de la mano, pero los pájaros no obedecen, no creen. Conocen la perfidia de los hombres, saben cómo es falsa su risa y cómo su llamar es siempre insinuación para perderlos.

Justifico esta incredulidad y sigo el caminito que escalona el repecho. Entonces oigo otra vez agitarse las alas y veo los pájaros cruzar de la cortina al nido. Primero llenos de zozobra por lo que pudiesen hallar de inesperado, luego con ojos de agradecimiento porque no robé sus huevecillos.

*

**

Desde abajo los saludo con la mano y ya no se espantan, parecen convencidos, y agitan las alas nerviosamente en las fatigas del acomodo.

¡Pobres pájaros del Señor!

¡Pobres pájaros del Señor!

¡Cómo los amaba Francisco de Asís, por tímidos, por débiles, por indefensos!

Cuando suba me hago el propósito de pasar en puntillas, sin tocar el viejo tronco caído, para no darles susto.

De buena gana me asomaría a su nido, los sorprendería en la tierna caricia y los bendeciría.

Mi mano siente ahora deseos de jugar con sus pequeñas cabecillas y peinar su pluma, quizá erizada por la zozobra de antes.

De buena gana me acercaría para decirles riendo:

—No sean ustedes miedosos.

Pero eso es imposible. Yo sé que no me entenderían, que, entendiéndome, no habrían de creerme. Que por delante de ellos no está la idea del hombre amigo de los pájaros, sino la del hombre zahareño y cruel. Huirían de nuevo espantados.

Me prometo no asustarlos otra vez y sigo descendiendo a lo largo del trillo, con propósito de subirlo en puntillas, para que no me noten y puedan acariciarse sin la inquietud que les produce la presencia del hombre.

Tal como lo hacen en la paz de esta soledad, de este río, de esta tarde.

¡Pobres pajarillos llenos de zozobra!

—Yo pasaré en puntillas, no os asustéis, soy yo, el hombre que no os roba los huevos y desearía peinaros vuestra pluma. Posaos sobre mis hombros tan tranquilos como sobre esas rectas cañas bravas que os columpian oyendo vuestros cantos.

*«Como sobre esas rectas
Cañas Bravas
que os columpian»*

La Caña Sagrada

Abstraído en tales pensares he llegado al fondo del río.

Instintiva la mano busca apoyo para ayudar al pie que teme resbalar.

Me afirmo en un erecto tallo que sube del río hacia la altura. El tallo de una caña brava.

Vuelve a mí todo un dulce recuerdo de infancia.

Una semana santa: miércoles por la tarde.

Yo vine, siendo niño, y descendí a este río con el señor Sacristán de la Parroquia para cumplir una delicada y santa comisión.

Veníamos a cortar una caña brava.

La más erecta, la mejor, la más gorda, para ponerla en manos de Jesús el Jueves Santo.

Habrían de pasearlo, vestido de loco, con una caña en la mano y un manto de púrpura en los hombros.

Era la más delicada comisión en que, hasta entonces, había empleado mi vida.

No era yo quien había recibido el encargo, era el señor Sacristán de la Parroquia. Pero él, por una deferencia que todavía agradezco, me hacía partícipe de su gloria y me llamaba para que lo acompañase. Yo era entonces rata de sacristía.

Cortó la caña él y yo propuse llevarla.

Era un justo deseo, apretar en mis manos la caña que habría de apretar en las suyas el mismo Nazareno.

Pero el señor Sacristán de la Parroquia talvez pensaba lo mismo y lo enterneecía de igual manera aquella humilde caña brava.

Me la negó.

—Usté la quiebra, estas cañas son como vidrio.

Lo dijo secamente, pero luego agregó, para consolarme.

—Como usté está chiquito la puede quebrar.

Y la levantaba en alto para librarla, para que la caña pasase por los recodos del atajo sin estropearse.

El pobrecillo, al pesar mi tristeza, añadía matando escrúpulos.

—Se puede resbalar, esto está como un pan de jabón.

Yo marchaba detrás, resignado, casi convencido de que tenía razón el señor Sacristán de la Parroquia.

De cuando en cuando mis manos intervenían en el negocio y acariciaban las hojas de la caña, para librarlas del contacto con la maleza unas veces, las más para bendecirme, como si esa humilde caña, ya cortada con místico destino, tuviese la virtud de santificarme.

Un día antes yo la habría hecho trizas, sin importarme un comino; la habría despedazado con el cuchillo como cosa vulgar y la habría arrastrado por el sendero, complacido en verla rota y llena de lodo.

Ahora tenía que defenderla, que rodearla de toda ceremonia.

De humilde caña insignificante había pasado a ser, por milagro de aquel cuchillo del señor Sacristán, la caña sagrada, la caña única que habría de simbolizar la locura y el escarnio con que el pueblo judío hacía mofas del buen Jesús.

Y el jueves, en plena procesión, yo alzaba los ojos para mirar al Santo, levantado en su peana sobre los hombros de los devotos, y miraba con más fervor la caña que la imagen.

Todo estaba envuelto, para mí, en un velo de santidad, todo ennoblecido por una luz de beatitud que me deslumbraba, pero la caña tenía algo más.

Yo la había visto cortar, yo había venido a traerla a Pirro y eso la ataba a mí con viva fuerza espiritual.

No cabía de gozo al contemplarla y me parecía que todas las personas ponderaban la caña como la más hermosa, como la más erecta, como la más linda caña que hubiesen visto nunca.

Y, con inocente preocupación de niño bueno, miraba a las personas que se movían a mi lado, como esperando que alguna me señalase con el dedo para mostrar a las gentes el niño que había ido a buscar la caña a Pirro.

Después, convencido de que aquel trabajo estaba ignorado de todos, que a nadie interesaba, sentía gran deseo de gritar a voz herida:

—Señores: yo fui quien trajo esa caña.

Pero, al irlo a gritar, la carota roja y sudorosa del señor Sacristán, que dirigía la procesión, se interponía.

Entonces yo, como avergonzado, pensaba. —Es decir ... yo ayudé ... yo fui en compañía del señor Sacristán de la Parroquia.

*

**

¡Oh inocente devoción sencilla! ¡Místico encanto con que la fe lo embellece todo!

Hoy, al apoyarme en otra caña brava, temeroso de resbalar, siento en torno mío un abismo, una oscuridad, un silencio, un ansia de algo, una aspiración que no conoce objeto y lloro dentro de mí la

fe perdida o muerta que rae robó esa poesía de ayer, capaz de convertir una endeble caña brava en objeto sagrado, en cosa espiritual.

Me explico todo el milagro de la fe y mi razón se esconde con vergüenza como si el análisis fuese pecado contra el pudor del alma.

He pensado.

Nunca quitaré la fe de un niño, nunca lo alejaré de su inocente devoción. No quebraré jamás la santa caña brava sobre la cabeza sencilla de un niño que cree.

Mi incredulidad se tonifica y se limita. Es mía, la siento dentro de mí morder como un diente fatal.

Can rabioso, esta incredulidad, vivirá encadenado dentro de mí y no morderá a nadie. Al bajar a este río y hundirme en él, hasta los muelles del Puente, el espíritu crece, se eleva sobre las paredes, se asoma a las cortinas y se derrama sobre todos los caminos con este noble propósito.

*«No quebraré jamás
la santa
Caña Brava»*

Culebra Negra

Después del místico recuerdo, que deja en mi alma olor de incienso, nace, también adentro, el recuerdo de nuestras pillerías de gamín.

El olor cambia y siento que trae ahora acidez de guisaros campesinos.

Oigo la gritería de los granujas que, escapados de la escuela, bajan la pendiente del trillo para bañarse en el río.

Miro las carillas alegres de muchachos sanos que descienden, empujándose hasta las aguas turbias, y se desnudan a prisa echando apuestas a cuál se lanza el primero.

Ya algunos traen fuera las faldas de la camisa y sueltas las amarras de los pantaloncillos y los cordones de las botas.

Se quitan la ropa con rapidez de fregolines y caen al agua, casi todos al tiempo, como carnada de ranas cuando suena una persona.

Luego van saliendo a la otra riba, agitados y chorreando, como perrillos de agua.

—Yo primero. ¡Qué chirote! ¡Qué chirote!

—Yo segundo.

—Juan fue el último.

—Porque se me pegó un zapato. ¡Qué gracia! Y chapotea en el agua, entre risas y gritos, esta gente gárrula y fiestera.

*

**

Aquí estoy yo también aprendiendo a nadar, agarrándome a las raíces de la orilla y fatigando las piernas para suspenderme a flote.

Ya soy grande; figúrense ustedes que estoy en el quinto grado, aprendiendo la raíz cuadrada.

Ya no tengo miedo a la serpiente de la fábula; Manuel Valerio me ha explicado todo eso.

Estoy seguro de que no hay tal culebra.

Es como dice Manuel:

—Sería tan tonto como creer en el Cadejos. ¡Ni con aceite baja!

Esa culebra que decía mamá era una enorme culebra negra que paseaba a lo largo del Pirro, por debajo del agua, para tragarse a los niños desobedientes que se bañaban sin permiso.

Ella la había visto desmenuzarse al sol sus grandes escamas negras, y cogió cama de la impresión.

Esta fábula me ató mucho tiempo a los pies una cadena de miedo.

¡Pero ahora ya era grande!

Poco a poco había ido sumando experiencia.

Nadie otro que mamá había visto la gran culebra negra, ni había noticia de un solo niño conocido que se hubiera tragado.

Mis compañeros entraban al río y salían de él con entera confianza, alegres, bulliciosos, sin pizca de peligro.

Por fin Manuel Valerio, el compañero de fechorías, me acabó de aventar la duda. Era una fábula para que no nos bañáramos.

—¡Sólo un tonto cree esas yucas!

Esta frase me decidió. ¡Yo no podía ser un tonto! ¡No debía ser un tonto!

Además tenía que ser hombre, como estos mozos, y aprender a nadar y llegar a ser, como ellos, casi un perrillo de aguas.

Al fin me decidí; una tarde me aflojé los calzones y me eché al río.

Después, la miel probada, seguí asistiendo puntualmente a aquellas fiestas de la granujería. ¡Lindas fiestas!

Nunca más volví a pensar en la culebra negra. ¡Pobrecita mamá!

Es cierto que alguna vez salí asustado del agua porque se me enredaban en las piernas lianas, hojas o yerbas que arrastraba la corriente, pero no crean ustedes que era miedo de la culebra negra; sabía que podía ser cualquier cosa, pero no la culebra terrible.

Después veía la broza y no pensaba ya más en alterarme.

*

**

Poco a poco fuimos siendo habitantes del río, familiares suyos, gente de la casa.

Conocíamos todos los lugares, sabíamos los sitios más profundos, los más peligrosos; conocíamos las piedras, las raíces, los remolinos, cada cosa, como si fuésemos realmente hijos del río. Con cabos de caña brava lo habíamos sondeado todo, preguntando sus secretos. Allí pasábamos algunas tardes, después de clases, o por hacer novillos. Allí mordimos los primeros bizcochos(1) hechos en nuestra ropa y contestamos con otros que hacíamos en la ajena. Allí probamos los primeros cigarros que amargaban los infantiles labios y mareaban la cabeza, pero que nos daban aires de personas grandes. Y. . . allí aprendimos a engañar a mamá, a la buena mamá, excusando nuestras ausencias con fingidos trabajos escolares.

Y ... allí, por la primera vez, pero también por la última, dejamos de creer en la verdad de sus palabras cuando murió en el niño la negra serpiente de su fábula.

*«Con cabos de
Caña Brava
lo habíamos sondeado todo,
preguntando sus secretos»*

Las Mapuchas

Al fin he llegado a situarme debajo de este puente para mirarle la axila. Deseo hurgar con mi curiosidad esos secretos que esconde a la vista importuna.

Estoy bajo el ojo del puente y miro su bóveda y sus pilas.

La piedra negra, aquí con las junturas más visibles, amenaza aplastarme. Siento la impresión de que fuese el puente uno de aquellos enormes paquidermos de las edades geológicas, que estuviese petrificado, con las patas abiertas sobre el río.

Recuerdo haber leído en los viajes de Stanley que los ratones vencen a los elefantes acomodándose entre los espacios de sus dedos y mordiendo allí la piel más suave. El coloso no puede estrujar más el hueco interdigital y rabia y se fatiga, sacudiendo la enorme pilastra de su pata, sin conseguir otra cosa que ser columpio del importuno roedor que le exaspera.

Ratón soy y quiero morder la ingle de este paquidermo que ha abierto ambas patas frente al río para sostener el camino sobre el lomo.

Y, al ir tentando dónde la piel está fofa, me asomo a un agujero oscuro y fétido. Alzan el vuelo cerca de mí y se agitan, haciendo curvas torpes, unos cuantos murciélagos que escapan chillando.

Pájaros de la sombra, que buscan la noche para abrir sus ojos ciegos. Alas membranosas, pubescentes y sucias que dan miedo.

De una manotada he golpeado a una de estas ratas ciegas, mus coecus, y el diabólico ani-malejo chilla acobardado y tembloroso.

Le he prensado entre los dedos y me he quedado mirando aquella carilla de rinolofo, llena de hipocresía.

Y, como por un encantado poder de evocación, vuelven a mí los recuerdos de las cosas de niños.

*

**

A este río venían a lavar sus ropas dos viejas brujas. Las últimas brujas que conoció mi ciudad.

Venían a restregar sus chuicas harapientos y, cuenta la conseja, que se volvían murciélagos bajo este puente de Pirro.

En las noches llevaban el vuelo noctivago cerca de las doncellas nubiles y les chupaban sangre hasta dejarlas blancas como cirios.

Es lástima que ya nadie crea en brujas. Pero cuántos niños, ¡dichosos niños!, habrán venido a ver, bajo este puente, volar las brujas hechas murciélagos.

*

**

Estas dos mujeres fueron personas que toda la ciudad conoció y que todos los chicos, aun los que no creíamos en brujas, mirábamos con recelo.

Se llamaban las Mapuchas.

La razón del apodo quedará clara diciendo que, exasperadas por la fisga urbana que les gritaba:

—Mapucha, Mapucha, hoy es viernes y mañana también. Respondían:

—Pucha, pucha, la pucha que te...

Y soltaban la palabrota.

Era este pucha una de tantas formas que el vocablo toma en la lengua del hampa.

Y no sólo por estas latitudes, que así cantaba también la guitarra de Martín Fierro.

*«Viene el hombre ciego al mundo
cuartiándolo la esperanza,
y a poco andar ya lo alcanzan
las desgracias a empujones;
¡La pucha! que trae liciones
el tiempo con sus mudanzas».*

A las de la pampa llámanlas también mapuchas. Una clara síncopa de mama pucha.

*

**

Eran las tales una pareja de hermanas que tenía su casuca por el camino de San Rafael, al subir la cuesta de San Josecito, y allí vivía sola, sin otra amistad que sus puercos flacos y sus gallinas.

Como obedeciendo a una consigna no hablaban casi y se limitaban, cuando mucho, a responder. Preferían andar por la media calle y eran inseparables. Nadie puede decir que vio a una sin ver la otra.

Cuando la muerte se llevó a la primera, la otra se enterró en vida. No volvió a ver la calle. Comía lo que algún vecino le llevara y, flaca y desteñida, murió de pena poco tiempo después, como los cirios que velaron el cuerpo de la hermana y se fueron consumiendo en su recuerdo.

Aunque no como la de Castor y Pólux, esta fraternidad, habría sido cosa de leyenda, si no hubiesen sido sus vidas dos guiñapos humanos.

Cualquier causa que las uniera: amor o urgencia, hay en esta unión admirable un secreto encanto que señalar.

Todavía veo a estas pobres y desoladas crea-turas de Dios medir las calles de mi ciudad con paso menudo y silencio filosófico. Vestían de igual manera: con la falda ordinaria de nuestras campesinas, blusa raída, pañoleta de lana negra sobre la hirsuta cabeza y un fieltro achuponado por entre el cual asomaba una que otra mecha rebelde.

Las dos eran secas y tostadas, las dos tenían la nariz ganchuda y el belfo caído. El mentón saliente, los pómulos avanzados y los ojos malignos, hundidos profundamente.

Se les distinguía por el tamaño. Una era de alta talla y la otra pequeña.

Algunos las distinguían por el nombre. La baja se llamaba Urbana, la alta, Guillerma.

Pero las dos respondían a cualquier llamado:

Yo lo recuerdo bien.

—Ña Urbana, ¿lloverá mañana?

—¿Querés que te vuelva rana?

Y abríamos los brazos en cruz para que la infeliz Circe no realizara la profesía.

—Ña Guillerma, déme purga pa una enferma.

—Dale orines con esperma.

Pero esas contestaciones no se personalizaban. La que primero encontraba el consonante respondía.

Las gentes no alcanzaban bien a distinguirlas y los chicos decíamos.

—Guillerma, Urbana,

¿cuál es tu hermana?

—La pucha que te...

*

**

Visitaban con frecuencia la ciudad, pero no se les veía vender ni comprar nada. Nada no; tenían una industria propia que no he vuelto a ver en la ciudad. Tejían caballito de hilo; ese hiladillo que festoneaba el ruedo en las enaguas almidonadas de las abuelas. También teñían hilo de Arabia que ellas mismas torcían en su rueca. Arrollaban uno y otro en olotes de maíz que hacían oficio de carretes.

Pero, según la opinión de todos, eran brujas y venían a hacer maleficio.

Posiblemente no había gran razón para ello, pero, en todo caso, sí tenían el tipo clásico de esas brujas que pintan en libros de estampas y que ilustran los cuentos para niños.

La gente murmuraba mil cosas que ellas no se empeñaban en desvirtuar.

Las suponían maestras en magia negra, que es la peor, porque en la blanca no entran, como en la negra, el diablo y su corte infernal. Sabían mucho de quiromancia y echaban las cartas.

En su casucha, en la que no encontré jamás otra cosa que miseria, se decía que guardaban una serpiente encantada y una cría de sapos que amamantaban de su propio pecho. Eran estos sapos los que escupían, por sus bocas oscuras, una baba diabólica que ellas se untaban en las secas canillas, para hacerse capaces de viajar largos trechos sobre palos de escoba.

En esta cabalgadura asistían a la misa negra, en que oficiaba el Diablo y, después de las oraciones fatídicas y la libación depravante, danzaban en círculo con rapidez vertiginosa.

*

**

Como se ve, la fantasía popular no había inventado nada nuevo para estas brujas nuestras, simplemente amontonaba sobre ellas todas aquellas cosas tétricas y terribles que habían realizado las brujas de todos los tiempos.

Lejos andaban las pobres Mapuchas de poseer aquellas terribles recetas con que las sagas de Roma envenenaban a los hombres y los enloquecían.

No sospechaban las tretas de Canidia para atormentar a Horacio, ni sabían de aquellos hipomanes ponderados por Virgilio y Juvenal, capaces de provocar las demencias diabólicas de Calígula y de Nerón, o las lujurias degradantes de Lúculo y de Lucrecio.

Eran tristes fabricantes de filtros criollos, más sucios que ofensivos, pero si hubieran corrido los días del Santo Oficio, o del Parlamento de Tolosa, otra suerte hubiese sido la suya y habrían alzado llama sobre la pira vengadora.

Pero ya había muerto Remy en Francia y el Obispo de Bamberg no podía levantar el báculo.

El Rey Jacobo de Inglaterra no sustentaba corona sobre su calva cabeza, ni había quien leyera el *Malleus maleficarum* de Sprenger, el viejo dominico tudesco.

Había sapos criados en casa de estas mujeres, pero ya no tenían la librea de terciopelo verde con que el Diablo los uniformaba para los aquelarres, ni venía él, en figura de macho cabrío, a presidir las sesiones.

Les tocó en suerte una época que ya no quemaba brujas, pero en desgracia también una época que ya no hacía caso de sus sortilegios.

Es que todas las cosas del hombre son frágiles y pasajeras. El esfuerzo de los teólogos de Roma por conservar el prestigio de los signos tradicionales, que señalaban y decían el porvenir, fue estéril. Un viento de incredulidad los sacudía.

El Colegio de los Augures leía y releía su *Decreta Augurum*, la constitución secreta, llena de misterios para los profanos, y ponía en ejecución todo el ceremonial y el rito que estatúa su *Libri Reconditi*, pero el maldito Cicerón no se explicaba cómo dos augures pudieran mirarse sin reír.

Attus Navius era omnipotente personaje con Tarquino, pero ya venían los tiempos en que Claudio Pulcro arrojara al mar los pollos sagrados que no querían comer cuando les preguntaba por su destino.

Los magos, desconsolados, alzaban el lituo, el famoso bastón de su dignidad, rematado en simbólicas volutas, y señalaban el tempestus, el momento crítico y solemne del vuelo, pero ya no eran otra cosa que personajes teatrales de comedia bufa que provocaban risa.

Tarde era ya, pobres Mapuchas, para vuestros vaticinios y vuestras quiromancias.

¿Quién podía sospechar el lituo en la vardasca con que espantabais los canes que os ladraban al paso?

Vuestro caduceo o vuestro tirso, no sé si lo heredasteis de Mercurio o de Baco, valía tanto como este trozo de caña brava con que he alborotado la banda de murciélagos que me hizo recordaros.

Nadie creía ya en vuestras miserables predicciones. Nadie no. Los enamorados son siempre crédulos; cuando les falla una creencia se acogen a otra y no pierden nunca la fe que va ciega, dando caídas, pero sin sufrir desmayos.

Heroica fe la de los enamorados, que no sucumbe bajo ninguna tempestad y queda siempre encendida, como lámpara eterna, en la noche de las almas.

Esta dolorida gente sí venía, en romería disimulada, pero piadosa y contrita, a buscar estas pobres sibilas que aún podían vender sus aguas sucias y abyectas para la sed de aquellos peregrinos de amor.

Pero las pobres viejas no hacían daño, ganaban unos cuantos centavos revolviendo potajes, de pobres yerbajos macerados, y ofreciendo consolación a las almas.

Vendían esperanza. Mentida esperanza de la cual reían los sanos pero que era luz y aire para muchos enfermos del corazón.

Brujas de última hornada, ya la ley no os ponía fuera, ni os quemaba en hogueras. En la agonía de las leyendas habíanse cambiado los papeles y erais vosotras las que acogíais a los que andaban fuera de la ley y apagabais la llama a los que morían sobre las piras, abrasados por el divino fuego.

*«Valía tanto como este trozo de
Caña Brava»*

Pa eso somos hombres

Este viejo Puente me habla de todo mi pasado con voz que escucho perfectamente y que va traduciéndose en emoción y en complacencia.

Este viejo Puente fue también sitio de nuestras primeras valentías.

Entonces los ejércitos infantiles de la ciudad estaban divididos en dos bandos.

Pirro era el límite entre ambos.

Del lado acá eran los napoleónicos, del lado allá los gutierristas.

El jefe de aquéllos era un mozo moreno, alto garboso, de ojos negros; unos ojos terribles que todavía me infunden pavora.

Se llamaba Napoleón Lizano, le decíamos Poloncho y vive aún por esos mundos, rodando tierras, como dicen en los cuentos.

Nosotros éramos del otro bando, de los del lado allá, de las filas de otro general: Belisario Gutiérrez.

Los dos ejércitos estaban bien equipados y tenían bandera propia.

De un tablado de toros, en las últimas fiestas, uno de los nuestros robó la bandera.

Los napoleónicos la habían obtenido de regalo, la trajo el hijo de un sargento destituido; un sargento de verdad.

Los dos tenían armamento moderno.

La riflería toda de caña brava, caña que ahora simbolizaba otra locura.

¡No cualquier cosa estos fusiles!

Daba gran trabajo el hacerlos, tal eran de hábilmente contruidos. Los hacía un negrito nicaragüense que se llamaba Joaquín Mora. Tenía unas manos maravillosas.

Había almacén de guerra y gente empleada especialmente en fabricar el armamento, bajo la dirección de Morita.

Por cada rifle roto el soldado pagaba un diez y le entregaban otro nuevo. Algunos pagaban su coste con mangos o jocotes, con trompos o con gu api les.

Había sables del mismo material y cartucheras hechas con latas de sardina. El parque se llevaba en cajones hasta el campo de batalla.

De casa había desaparecido un cajoncillo de ordeñar las vacas. Por parecidos caminos habían venido los demás.

La munición era compuesta de guayabas celes, cosa capaz de golpear y no romper, cosa fácil de conseguir y abundante por los contornos.

Unas tardes íbamos en patrullas a robar pertrechos y quedaban ruines los árboles, sin una fruta.

El gran almacén era para ellos un potrero de don Macedonio Benavides, para nosotros el de mi tío don Pepe Dobles.

Después de las batallas ambas tropas juntaban el parque que era posible recoger para utilizarlo al día siguiente.

Hubo una época en que se agotó; el plomo escaseaba porque la cosecha de guayabas tocaba a su fin. Fue forzoso que cada soldado, al presentarse a lista, trajese cincuenta balas, por lo menos. El que no las traía no tenía derecho de asistir a la batalla. ¡Era el castigo!

Quien traía quinientos cartuchos era ascendido un grado. Un hombrote inútilón, que por todo hacía pucheros, era ya coronel. Tenía árboles de guayaba en la casa y todos los días cargaba un saco. Lo llamábamos Coronel Guayaba. Recuerdo un detalle: una vez se puso en medio puente y le clavarón un guayabazo en la cabeza. Entonces montó en cólera y, violentamente, se degradó quitándose todos los arreos del coronelato. Eran colgajos hechos con tiras secas de tallo de plátano y pedazos rojos de hoja de piñuela.

—Eso me pasa por meterme a coronel.

*

**

El cuartel de ellos estaba en una caballeriza, en un galerón que había servido de tal y ahora es la herrería de Federico Cartín.

Era de un familiar de Napoleón y está a la salida de la ciudad.

El cuartel nuestro era un bello sitio.

Nada menos que el cañón de un puentecillo que atraviesa la carretera y recoge las aguas de un zanjón que sólo se llena en los inviernos.

Su ojo del Oeste se abre frente a la vía férrea, al Norte del Pirro; sobre su cortina se oye muchas tardes la gritería de las muchachas paseadoras que saludan el paso del convoy. Es un balcón de la carretera donde se apiña la alegría del suburbio.

Un túnel de mampostería con piedra labrada en el pavimento. Tres varas de alto y unas dos de ancho; no menos de cuarenta de boca a boca. Como está seco todo el verano allí teníamos el cuartel.

Era oscuro, pero eso no importa a los soldados; era mal oliente, porque cerca había charcas de agua descompuesta, pero nuestras rudas narices de patriotas no se daban cuenta de ello.

Éramos como ranas, pero vivíamos croando como ranas y haciendo guardia entre el aroma del metano.

¡Épica vida aquella bajo el ojo del puentecillo!

Nuestra zona se extendía desde el cuartel hasta el Puente de Pirro; la de ellos, del cobertizo al Puente.

Pirro era la línea, la frontera, como quien dice la raya de valientes que trazó el sable de aquel gigantazo don Francisco Pizarro.

Toda la calle la teníamos vigilada con centinelas.

Cuando alguno daba el alarma avanzábamos nosotros. A veces lentamente y con disimulo, a veces a paso de carga.

Ellos hacían lo propio.

En ciertos momentos nuestras tropas daban vuelta por entre cafetales para llegar a la Puebla y caer de golpe sobre el Puente; ellos hacían otro tanto y salían a la calle del Rastro.

Todo esto era motivo de carreras y agitaciones.

Eran altos problemas de táctica y de estrategia que Belisario Gutiérrez y Napoleón Liza-no resolvían con actitudes y gritos dramáticos. Cualquiera hubiese recordado a Horacio Cocles o a Bayardo.

*

**

Los encuentros se efectuaban sobre el Puente, invariablemente.

Ganar el Puente era el problema.

Si lo pasábamos nos repelían a guayabazos. Si lo pasaban los rechazábamos también a guayabazos.

Los rifles eran decorativos, se llevaban porque era forzoso tomar carácter de tropa, pero, como los brazos disparaban la guayaba, el rifle iba terciado a la espalda.

Estaban prohibidos los ataques a la bayoneta y los culatazos, es decir, el rifle quedaba fuera de combate.

Cuando se peleó con él hubo heridas de cuidado. A Joaquín Mora le atravesó la oreja una astilla de caña brava.

Después de todo éramos guerreros civilizados.

Queríamos pelear el Puente, queríamos triunfar, dominar, avasallar, pero sin sangre, sin heridos, sin muertos, ¡a guayabazos!

Era una guerra civilizada. Respetaba hasta el pabellón de las orejas.

Las guayabas hacían chichones, eso era todo.

Uno capeaba los disparos y a veces salía ileso.

Otras estaba uno de malas y le llovían a puños, como las peladillas de los cabreros a Don Quijote. Era un puro tolondrón, pero los tales servían luego de orgullo y se mostraban como chirlos gloriosos.

*

**

Había soldados terribles. Yo recuerdo, todavía con horror, a Rosendo Paniagua.

No he visto puntería de bárbaro como ése. Si no descendía de Guillermo Tell debía de tener el abuelo en las Islas Baleares.

Desgraciadamente éramos vecinos y muy amigos. Estábamos en bandos opuestos y siempre, por el mismo cariño que nos teníamos, la emprendía contra mí. Yo me amparaba tras la cortina del Puente, la más de las veces, y cuando, a la voz de Belisario, me ponía en media calle, ¡zas! era seguro el guayabazo de Rosendo.

La verdad es que le había cobrado miedo y sospechaba que todos los golpes se los debía a él.

Una tarde, en medio de los ardores de la lucha, le lancé un guayabazo a toda alma y le acerté en un ojo.

Fue un golpe feroz; se llevó ambas manos al ojo y se retiró de la pelea. Yo lo vi sentarse en una piedra, allá, a la distancia y temblé de miedo creyendo habérselo vaciado.

Me puse pálido, nervioso y no pude guerrear más.

Entonces abandoné la lucha, quise bajar al río, vadearlo e ir a curar a Rosendo, pero me sorprendieron y me foguearon de manera horrorosa. Tuve que batirme en retirada.

Después vi a Rosendo. Tenía el ojo enrojecido e hinchado. Casi no podía abrirlo.

—¿Me perdonas, Rosendo?

—¡Claro! Estábamos peleando.

¡Sabía que era soldado y que lo había herido otro soldado!

—Sí, pero... ¡Qué vaina Rosendo!

—La pelea es peleando.

Y, con el ojo, coloradote y entrecerrado, fingía una carcajada para certificar su valor.

—Casi tenemos que comerlo en tortilla... Pa eso somos hombres.

*«La riflería toda de
Caña Brava,
Caña que ahora
simboliza otra locura»*

Alma de Tenorio

Y no sólo en esas luchas de caña brava te crucé, Puente de Pirro.

Todavía te veo, lleno de muchachas al caer la tarde, aquellas lindas tardes de agosto, cuando las fiestas de Santo Domingo.

Toda la gente alegre: los muchachos, los campesinos, los granujas, se daban cita en la ciudad vecina para gozar de aquellos festejos, los más fastuosos de todo el contorno.

Y las muchachas de mi ciudad, que no podían irse calle arriba, hasta la plaza de toros, se iban quedando así, desparramadas a la vera del camino, acá y allá, como una enredadera de bellísima, florecida a trechos sobre las cercas.

Otras se agolpaban sobre el Puente y lo dominaban.

Allí tejían lindas cadenas de risas y de pascua para ver pasar a los transeúntes y reírse de todo, buscando en todo la nota cómica, la maldita nota cómica que tan bien encuentran y tan bien subrayan las muchachas de mi ciudad. Y todo el Puente parecía como una enorme cesta de rosas que reían y cantaban.

*

**

Muchas veces fui a caballo hasta Santo Domingo. Di vueltas por todos lados y volví con algún compañero, calle abajo, para regresar a mi ciudad.

Tuve que atravesar este Puente entre las filas de carillas, burlonas y pascuales, que asustaban al caballejo con pañuelos, con flores, con sombrillas de fantasía, con cabos de caña brava, para que no pasáramos.

—Alto ahí. ¿Quién vive?

Y entonces era la obstinación.

El caballo caracoleaba y se espantaba y yo me sentía complacido con ello, y fingía acariciarle las crines como si tratase de aplacar a una fiera recién domada.

—Quedito, Rubí, quedito. Eh! Eh! ¡Quieto!

Pero, al descuido, y como quien no quiere la cosa, le clavaba ambas espuelas para que no fuera el muy pasmado a quedarse como un palo, plantado en raya, sin asustarse siquiera. Y cuando el matalón, por fin, a dos puyas, y a la algarabía de aquella gente revuelta, saltaba de verdad, sentía que el corazón se me salía del pecho y hasta, mentalmente, rezaba algún olvidado «Padrenuestro» porque las piernas no me faltasen.

*

**

¡Qué cosa tan horrible habría sido caer del caballo en aquel sitio, delante de aquellas malvadas y divinas carillas!

¡Cómo se habrían muerto de risa si me hubiese tocado revolearme en el polvo!

¡Cómo te habrías reído tú, mi linda personi-ta de entonces!

¡Cómo habrías dado suelta a tu crueldad, a esa crueldad que ni en esta hora de recuerdo te perdono!
¡Chiquilla consentida!

Habría sido cosa de suicidarse allí mismo.

Carillas imprudentes, carillas burlonas, que no pensáis las cosas!

Ahora, a la distancia de unos pocos años, os miro como una temeridad. Erais viva amenaza contra la gente honrada, contra la gente formal. Si alguna vez me hubiera pasado el percance, del polvo me habría levantado para trepar sobre la cortina del Puente y lanzarme al río. De allí me habrían alzado, hecho astillas sobre las piedras, por vuestra culpa.

*

**

Pero, como no pasó, hoy, recordando, siento todavía que se me suben los colores, de orgullo y de satisfacción, cuando, en medio de vosotras, pasé como un conquistador, saludándoos con el sombrero de tenorio y de perdonavidas.

—¿Quién vive?

—¡Viva yo! ¡Viva yo!

—¡Alto el jinete!

—No hay quien lo pare. ¡Viva mi yegua! ¡Viva mi morena.

No podía luego acomodarme en la silla cuando agitabais las manos en el alboroto de los aplausos.

Aplausos que eran de burla, de risa, del placer de hacer fiesta, pero que todos entendíamos como de admiración al jinete, al guapo caballero que echaba su corcel caracoleando contra el Puente lleno de muchachas, ¡cómo si lo arrojara sobre una linda cesta de rosas inofensivas!

*«Con pañuelos, con flores,
con sombrillas de fantasía,
con cabos de
Caña Brava»*

Oro y Lodo

Y este pobre río que tú proteges, Puente de piedra, no es un río vulgar y pechero.

Buscó para el bautismo un nombre bello, traído de Grecia, de la tierra clásica de los poetas y los héroes.

Pirro, como el hijo de Aquiles y Deidamia. En sus épicas fantasías soñó quizá con las heroicas leyendas, con matar a Priamo ante el altar de Júpiter, con esconderse en el caballo de Troya, con tener esclava a la mujer de Héctor y conquistar a Hermiona, hija de Menelao, como el hijo de Aquiles y Deidamia.

Quizá, inflado de vanidad, bajo el áureo sol tropical, vióse rubias las melenas y se llamó Pirro por eso, como el nieto de Pelides.

Talvez soñó que tú, Puente humilde de piedra negra, fueses hecho con mármoles de Naxos y, en sus flacos cristales, se fue sintiendo capaz de arrastrar pepitas de oro, como pactólo tras el baño de Midias.

Quizá, cogido de orgullo, se sintió Eurotas y, soñando con una Arcadia indígena, buscó en sus fuentes las higueras, y los lirios azules y esperó, en sus arenas doradas, a los jóvenes lace-demonios —bellos y fuertes— que, desnudos, arrojaran el disco o ensayaran la lucha.

Tal vez, como el viejo Rhin, rubio de sol y de ensueño, esperó un Lohengrin indiano que cabalgara sobre el cisne impoluto buscando a una Elsa quemada en el incendio del trópico.

O esperó ver levantarse, cerca a sus mansos raudales, otra roca de Lorely, poblada de leyendas y lloró la nostalgia de un Enrique que viniera a cantar sobre el arete de cuarzo.

Vuela la fantasía tras tanta mariposa dorada siempre que piensa en este riachuelo infeliz que, hinchado de vanidad, vino en llamarse Pirro, como el hijo de Aquiles, nieto de Pelides y bisnieto de Hércules, que entronca al árbol de Júpiter.

*

**

Pero ¿qué? Humildemente, como es todo acá, tuvo también cantor.

Nuestro Enrique, nuestro poeta amado —el más amado y más poeta de los nuestros— Aquileo Echeverría.

Vino a su vera, se acodó sobre las cortinas de este Puente y cantó los elogios y los dolores de este río.

Sus dolores, porque es todo él como un gran dolor del agua:

*«Hoy mísero discurre,
de tí mismo sediento*

*por entre peñas calvas
y tísicos potreros,
ya no claro como antes
ni como enantes fresco,
sonoro, arrebatado,
alegre, bullanguero;
sino, cual corresponde
al triste ministerio
que agora desempeñas,
cuando, achacoso y viejo,
la ingratitud humana
te torna en basurero
pagando tus mercedes
con tan ingrato premio».*

*

**

¡Cómo es cruel tu fortuna, río de Pirro!

Yo te he visto nacer allá, en las faldas del Zurquí, bien al Norte de San Rafael, con la nobleza de un río digno de leyendas.

Magníficos tus manantiales, al asomarse temblando bajo las rocas, parecen un manojo de esperanzas que florece.

Son risa de juventud que alegra el labio de aquel cerro fastuoso y, al murmurar su canción-cilla de cuna, parece que iniciaran un himno de fuerza y de belleza.

Fuerte y bello corriste en tiempos de la América Virgen, cuando era ésta la tierra de los hombres desnudos y de las fieras indómitas.

En nobles versos lo llora tu poeta:

*«Ya no por entre flores
y juncas y helechos
y flexibles bejucos
y árboles corpulentos
corres, como corriste
en los pasados tiempos
bajo palio de rosas
sobre arenoso lecho.
Allá cuando las Cabas
y Rodrigos apuestos,
nobles cubujuqueñas,
bravos cubujuqueños,
en tus márgenes bellas,
en tus remansos frescos,
pruebas de su ternura
candorosa se dieron.
Ya la brisa no esparce
el eco de sus besos*

*por las selvas pobladas
de palmeras y cedros».*

Lo de siempre ¡Anagke! ¡Anagke! Los hombres vinieron a fincarse en torno suyo y te han contagiado su miseria. ¡Puercos hombres!

Quisiste ser blanco como Alfeo y esperaste correr, entre tus bosques de caña brava, tras otra ninfa aretusa, con tu carcaj a la espalda y la siringa pánica en los labios.

Pero fuiste turbio y mugriento como Aque-ronte, el río de la tristeza y de la muerte.

Ofreciste tu agua a los mortales y los dioses te castigaron haciendo que ellos mismos te llenasen de infamia.

Cuando te miro torcer, derecho al cementerio de mi ciudad, la ilusión es completa: oigo los remos de Caronte y veo su mano vellosa registrando la lengua de los muertos para buscar la moneda fatal.

Cuanto chorrillo llega hasta ti viene a enfangarte.

Nadie se acerca para embellecerte, nadie te trae limosna de aguas claras. De los mataderos baja sanguinolenta el agua y pestilente, cargada con todos los horrores de la muerte y todas las fetideces de la carne, de la sangre y de las deyecciones, para llenarte de infamia y podredumbre.

De los cien beneficios de café que te circundan, llueve, por negras venas, la peste de las mieles podridas y todo desperdicio.

Para ti no se abre la flor de la alegría. En mayo, cuando todo sonríe y cantan los pájaros y esta noble provincia mía viste de bodas, coronando de azahares los cafetales, que vuelcan sobre el viento pomos de perfume, tú te afliges.

La provincia hace fiesta, cantan las mozas por los caminos y la promesa floral anuncia las cosechas. Vienen miríadas de mariposas y llenan de luz y de inquietud el aire y tú te muestras triste.

Como viejo escéptico contraes los labios desdeñosamente, frunces el entrecejo y ensombrece tu frente una desconfianza fatal.

Tú sabes que, pocos meses después, de ese mismo tálamo nupcial te ha de venir la muerte, la miseria y la peste.

*

**

A veces crece el dolor y entonces quisieras erguirte altanero, hincharte rabioso, botarte fuera del lecho e inundar los sembrados y barrerlos y aniquilarlos y no dejar sobre los cafetos una florecilla fatídica.

Te levantarías calladamente, alevosamente, de noche y, al amparo de la sombra, arrancarías las menudas estrellas de los cafetos, para dormir tranquilo.

Pero te conoces, palpas tu impotencia y, cuando más te hinchas, apenas alcanzas jadeante la orla de la riba y te asqueas con tu propia miseria.

Manchas lo que tocas, no florece tu beso en la ribera, la infestas con detritus como si fuese beso de beodo.

Entre el horror de tus ascos ves discurrir, en torno a tus aguas, famélicos perros, de ojos tristes, que buscan piltrafas para desgarrar, como en la visión anárquica de Guillermo Valencia.

Ves volar sobre el aire mefítico negros zopilotes, de calvas cabezas, que luchan ruidosamente disputando los restos de alguna carroña que viene a la deriva.

Y, avergonzado de los hombres, triste, con la honda tristeza de quien se siente envejecido sin haber saboreado las voluptuosidades de la juventud, tomas una suprema resolución: ¡Te suicidas!

¡Bello suicidio! Digno del *hara-kiri* de los japoneses. Sientes que no naciste para estercolero y, esclavo de los hombres, comprendes que no puedes ser otra cosa. Tu destino es ese.

Entonces, tuerces el rumbo violentamente, te vuelves hacia la ciudad, miras desde lejos las viejas torres y los techos rojos y, con un gesto de profundo despecho, le crispas los puños y abres la boca pestilente para arrojar tus mugres sobre el «Bermúdez».

Allí cerca, a tres kilómetros del suburbio, en un lugar que por cruel bautismo denominaron «El Barrial».

*

**

¡Pobre río trágico! De ti, como del viejo Spree, diríase la frase de Reclus, que «naces como un cisne para morir como un cerdo».

¿Pero qué culpa tienes tú?

¿Viste acaso, como Cydno, esponjar en tu linfa el plumón de los cisnes?

¿Vino en tus hondas enamorado Júpiter buscando a Leda?

¿Bañóse en tus aguas Alejandro, hijo de Filipo?

¿Sepultóse en tus raudos Federico de la barba roja?

Tu aspiración era esa y ese tu deseo y esa tu esperanza.

Naciste en el riñon de la montaña con ansias de ser puro y ser ángel y es la ciudad la que te empuerca y te hace diablo.

Haces bien en morir de asco y de vergüenza. ¡El gesto te redime!

Siento dolor de ti, pobre río que te soñaste Eurotas, Pactólo, Rhin, Alfeo o Cydno, sin pensar que venías atraer tu oro muy cerca de los que sólo tenían lodo.

Río de Pirro, es buena esa experiencia, ya lo has visto, los hombres empuercan lo que nació puro del labio de la tierra.

¡Puercos hombres! ¡Sólo el poeta se duele de tu suerte y llora tus dolores!

*«Esperaste correr, entre
tus bosques de
Caña Brava,
tras otra ninfa Aretusa»*

Don Benjamín Desgracias

Aquí, cabe este viejo Puente, lo vi muchas tardes venir a reposar su fatiga sobre las piedras toscas que fundamentan la cortina, mirando tristemente cabecear en el fondo las altas cañas bravas.

Tenía el aspecto venerable de un patriarca hebreo. La nariz afilada y aquilina de aquella raza, la barba matosa, larga y blanca, cayendo magnífica sobre el pecho; la piel blanca y apergaminada plegándose por las arrugas, la mano sarmentosa y trasparente, la frente amplia y la boca plácidamente risueña.

Aquí sentado me pareció siempre la reencarnación de nuestro Padre Abraham, tal como lo hemos visto en las viñetas lito gráficas.

Era un hombre singular. Andaba los caminos con su gran lío a la espalda y la vara de medir sirviendo de bordón.

En el lío iban revueltas cintas y cucharas, pañuelos y espejos, rosarios y perfumes; baratijas de buhonero que él compraba a bajo precio en las tiendas de la ciudad.

Aprovechaba la época de balances y a su lío venía rodando todo aquello descolorido, podrido, roto, pasado de moda, que en la tienda estaba casi para ser botado. Él lo compraba por cantadas y por cantadas lo vendía.

*

**

Tan malo lo que compraba, que se cuenta esta historia de ingenua picardía.

En la tienda de don Braulio Morales estaban separando desechos para el pobre don Benjamín Desgracias. Ese era el nombre de este lindo viejo.

—Mire esta lana, don Benjamín, casi nueva, maciza. Porque está un poco desteñida se la vamos a dar por la quinta parte de su valor. ¡Una pieza casi entera! ¡Una ganga!

Don Benjamín la compró. Llevóla a su cuartocho y comenzó a medirla, pero como notara ciertas cosas que le disgustaron, la arrolló de nuevo, púsola sobre el hombro y volvióse a la tienda para buscar a don Joaquín Gutiérrez, que fue su vendedor.

—Vea, don Joaquincito, he venido a buscarlo porque no quiero cargar mi conciencia. Yo le compré a usted esta lana pero no lo que iba adentro. Como probablemente ustedes no han reparado, no quiero yo aprovecharme y tener por mío lo que no he pagado.

Don Joaquín hacía asombros.

—¿Cómo así?

—Si usted dice que me vendió la lana, a sabiendas de lo que iba dentro, pues yo me la llevo, pero como usted creyó venderme lana y con ella se vino cosa que vale mucho más .. .

—Pues yo le vendí la lana solamente, pero no sé . . .

—Ah, pues vengo a devolverle este ganadito. La tela estaba comida por la polilla y pululaban en ella esos animalillos destructores.

*

**

Las ganancias de su comercio eran ridículas. Casi nada. Pero este varón solía ser parco en tal extremo que sus gastos personales podían hacerse de sobra con aquellas miserias y aún quedaba de dónde hacer caridad.

Cuando, a su paso por aldehuelas del contorno, miraba niños rotos y miserables, les tiraba paternalmente de la oreja.

—Venga acá el mocoso. ¿Por qué anda esa camisa tan despedazada?

—Somos muy pobres, don Benjamín.

—Calla. Porque eres un abandonado y un holgazán. Toma, llévale a tu mamá para que te haga otra.

Y le regalaba un pedazo de tela y dos nalgadas.

Tenía aquel oficio como un disimulo para mendigar el bocado.

A nadie lo pedía, pero se entraba por todas las casas como un perro viejo y, mientras ofrecía sus chucherías y descansaba un poco, hacía hora del yantar y lo invitaban.

—Cómase este bocadito, don Benjamín.

—Dios se lo pague y me le dé la gloria.

Comía en casa de los ricos y regalaba en casa de los pobres.

Por lo demás, con un plato estaba satisfecho.

Contábame una posadera que, cuando no había invitación, procedía del modo más singular.

—¡Ave María Purísima! —¡Ave María!, pase pa dentro don Benjamín.

—Gracias, gracias, a ver si me da un buen almuerzo, lo mejor que tenga y otro pobre, apenas de lo necesario.

—¿Uno de a peso y otro de a peseta?

—Sí, señorita.

Y, cuando venían los refrigerios, daba el succulento y abundante a cualquier granujilla que le cargaba parte de las maletas y él se resolvía por el escaso y pobre.

—Usté va para arriba y yo para abajo.

—Sí, pero...

—Usted está creciendo ... yo ya no crezco más. Con poco tengo.

*

**

Este hombre era francés. Llegó a nuestras playas, como un canto rodado, dando tumbos en el mar de la fortuna y batido sabe Dios por qué oleajes.

Pero había tenido dos etapas bien distintas en su vida de Costa Rica.

Al principio fue mundano, bullanguero y alegre. Bebía mucho vino y alborotaba, sin escrúpulos, en plazas y mercados.

—Vengan, vengan las hijas de Eva para darles bueno, bonito y barato.

Y les echaba a la cabeza, manojos de cintas carnavalescas, agitadas por su risa beoda.

Después juntó unos reales y se estableció en el portalón de una antigua casa de doña Gabriela Flores. Donde hoy está ubicada la de don Ernesto González.

El portalón se abría sobre un patiecito rodeado de cobertizos y bajo ellos estableció don Benjamín su trucha, como decimos por acá.

Llamaba la atención a las gentes de la Plaza, que es hoy nuestro Parque Central y servía entonces de mercado, agitando una campanita o tocando un pitillo destemplado.

Ponía avisos charlatanescos para llamar la atención.

—Vendo espejos de cuerpo entero a cinco y a diez centavos.

Y eran los tales unos espejillos que tenían al reverso una mujer desnuda que él cedía de cuerpo entero.

Contaba que en una papalina, sin saber cuando ni por qué, se metió a un barco y vino a refrescarse a estas playas de América.

*

**

Pero esta primera etapa fue breve y, del fondo de ese desorden licencioso, nació el santo.

¿Acaso no fueron así Pablo de Tarsis y Agustín de Hipona?

Quién sabe en qué delirium tremens, así como otros ven diablos azules y fantasmas rojos, vio él una linda imagen de Nuestra Señora que le movió el corazón.

—Benjamín, Benjamín, ya está. No te rebajes más. No tomes más.

Pablo, el apóstol de los gentiles, tuvo su camino de Damasco; Agustín, el obispo de Hipona, oyó su *tolle et lege*. Más humilde esta oveja descarriada oyó también la voz de la Epístola:

«No paséis la vida entre los festines y los placeres, sino revestios de Nuestro Señor Jesucristo».

La aparición fue cierta porque él dijo desde entonces la verdad y se consagró a ella de todo corazón.

Si hubiese sido farsa no lo habría asegurado en sus tiempos de santidad. Y fue cierta porque le tocó el corazón.

El cerebro humano es un misterio del cual nada sabemos todavía, a pesar de los envanecidos psicólogos que ya lo creen suyo.

¿Quién conoce los infinitos espejismos de la mente?

Para corresponder a esta gracia, todas las mañanas recogía unas pobres y humildes flores y las ponía a los pies de la Virgen.

Mientras esta criatura ambuló sobre la tierra no faltó la ofrenda agradecida a Nuestra Señora del Carmelo.

Trajinó Benjamín, desde entonces, la ruta del sacrificio y de la abnegación, la puerta estrecha y el camino angosto.

Como quería Jesús:

«Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición; y muchos son los que entran por ella; porque la puerta es estrecha y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que lo hallan».

Como el ruiseñor de Asís, tomó la cuerda de esparto y se fue, bajo el sol y bajo la lluvia, a padecer por los caminos.

Llevaba, a raíz de las carnes, ásperos cilicios que le hacían sangrar y le mortificaban.

Se hospedó mucho tiempo en casa de doña Engracia, viuda de don Fermín Meza, y allí hacía las cosas más extrañas. Esas cosas que a los hombres modernos nos parecen cuento, nada más.

Quitaba el colchón y la almohada, y dormía sobre los hierros del catre, con una astilla por cabecera.

Convencerle de que debía abandonar tan cruel penitencia era vano. Atormentaba la bestia y la debilitaba para que no dominase al espíritu.

Su pietismo rayaba en exageraciones conmovedoras: barría el templo para servir a la Divinidad en la forma más humilde; desyerbaba sus jardines y las calles que lo rodeaban.

Los domingos oía desde la primera misa, que rezaba el Padre Chico Chaverri, hasta la de las doce que decía el Padre Martínez.

Jamás se sentaba a la mesa, donde quiera que la hallara, frugal y temperante mesa la suya, sin dar gracias a Dios por tanta abundancia y rezar el Padre Nuestro en altas voces.

*

**

Era, a más de beato, caritativo hasta lo evangélico. De los que entendían el Sermón de la Montaña: «No lles oro ni plata, ni dos ropas de vestir. Si te piden la capa da el sayo».

Bondadoso y sufrido, jamás se quejaba de nada y toda pena tenía la por felicidad y bienestar.

Ningún dolor, físico ni moral, lograba abatirlo y, sobre todos, ponía la paciencia de Job.

Es cierto que era comerciante y de allí puede nacer la sospecha de que fuese apegado a los bienes terrenales.

Ya dije que este comercio sólo era para disimular su mendicidad.

Su vara de medir, que le servía de bordón, sólo a él defraudaba. Siempre la medía tan larga como la habría medido el comprador.

De su maleta salían los paños sin disfrazar sus miserias y no dándose por buenos si eran malos.

—Esta zaraza es barata, voy a llevarla. —Se la doy tan barata porque destiñe. —Entonces no la llevo. —Bueno, yo estoy obligado a decírselo. Y ponía su poco de sal a la advertencia. —Lo que destiña no se lo cobro, eso va de ñapa.

Era hombre honrado a carta cabal, corazón puro y limpio, con esa limpieza admirable de los que Jesús llamó bienaventurados.

—¿Estas medias, don Benjamín?

—No le convienen porque están podridas.

—Gracias. ¿Pero a quién se las va a vender así...?

—Al que así las quiera...

*

**

¿Pero quién era este hombre misterioso y extraño?

He allí un secreto que nadie pudo descubrir con certeza.

Siempre dijo llamarse Benjamín y no daba apellido.

Cuando insistían, respondía:

—Mis apellidos son Desgracias y Calamidades.

Benjamín Desgracias se le llamó en vida. Jamás dio otro nombre y las gentes se tranquilizaron y aceptaron por bueno aquel incógnito.

Al principio la murmuración provinciana empezó a envolverlo y echó sombras sobre sus blancos cabellos.

Pero nunca hubo probanza. Eran simples conjeturas.

Se decía que era un asesino escapado de presidio en Francia y que expiaba sus faltas con su vida ejemplar.

Se decía que era uxoricida.

Otros hablaban que era hijo de familia noble y rica y que había abandonado la casa paterna por diferencias de carácter.

Eran fantaseos de la maledicencia popular, pero que tenían un fundamento.

—¿Por qué no revela su nombre verdadero?

—¿Por qué se obstina en negar su pasado?

—¿Por qué no quiere saber de su tierra ni de su familia?

Cuando la inquisición era tenaz y punzante, respondía entristecido.

—Soy muy malo, señor, muy malo.

Y, en diciéndolo, los ojos se le humedecían y gruesas lágrimas corrían por el arado y seco erial de su mejilla.

Juntaba las manos y las levantaba hacia el cielo.

—Pero confío en Dios, misericordioso, que me perdonará. ¡Dios mío!, ¡Dios mío! mira a tu siervo desgraciado.

Se cogía la cabeza entre las manos y la escena era angustiosa para todos.

Se suponía que fuese casado y tuviese una hija porque, en casa de doña Joaquina Flores de Rivera, donde vivió sus postrimerías, varias veces oyeron sollozos en su cuarto y, asustados, miraron por el ojo de la cerradura.

Lo vieron entonces de rodillas, con los brazos abiertos en cruz, y oyeron que de su pecho salían, entre sollozos, estas palabras conmovedoras.

—*Ah, chère enfant! Ah, ma fille chérie!*

¿Había acaso un drama de familia? Sólo Dios lo sabe.

Algunos creen que no, por lo que él contara un día a don Doroteo Baudrit.

Don Doroteo, el papá de don Fabio, era de origen francés y esta circunstancia le ponía en mayor intimidad con el desgraciado mercader.

—Yo nunca he creído que usted se llame Benjamín.

—Efectivamente, ese es mi incógnito. Me llamo Alfonso Rochet. —¿Cómo así?

—Sí, señor. Fui soldado de Napoleón III y deserté. No puedo volver a Francia porque me perseguiría la ley.

Pero, ¿era todo eso otra leyenda? ¿Era una nueva forma de parar dudas y preguntas mortificantes?

También él había dicho a don Luis Flores, una tarde en que descubrió el poeta que tenía conocimientos literarios nada vulgares.

—Sí, efectivamente, yo fui escritor en mi país. Tuve un periódico, La Semaine y atacé fuertemente al partido demócrata. Era escritor humorístico, mi habilidad estaba en la sátira. Tuve que huir de las persecuciones.

¿Verdad? ¿Mentira? ¿Quién lo sabe.

Aunque Desgracias tenía el culto de la verdad bien puede creerse que mentía para desviar las pesquisas.

Lo que sí puede asegurarse, al margen de todo, es que aquella fisonomía no sumaba rasgos vulgares. La palabra dulce y cultivada, contenida y piadosa, era también inteligente y filosófica; llena de un optimismo que revelaba agua de fondo.

Saludaba a todas las personas sombrero en mano, a pesar del gran lío terciado a la espalda y, no sólo lo hacía con encantada complacencia de hombre bueno, sino con aires de gentilidad bien nacida.

Se comprendía mirándolo, oyéndolo, observando sus actitudes y su ideario, que no era un buhonero vulgar, sino un hombre venido hasta aquello por algún vuelco en la rueda de la fortuna.

¿Vino a estas playas, realmente, huyendo de sus crímenes?

¿Vino, acaso, para olvidar el crimen de otros?

¿Se trataba de una tragedia de familia?

Nunca nombraba a nadie de su tierra, pero se le oía sollozar por una hija, sin acordarse de la madre.

¿Había traicionado o lo habían traicionado? ¿Vino a ocultarse huyendo el asco del mundo?

¿Bebió primero para olvidar y embrutecerse?

¿Rezó después para expiar una falta?

No es posible adivinar nada de esto. Ni siquiera si realmente fuese Alfonso Rochet.

Lo que sí consta es que había renunciado al mundo, a sus pompas y vanidades, como manda Jesús.

De tal renunciamiento había quedado un manso de corazón, lleno de caridad y de humildes resignaciones, que corría los caminos con su lío de miserias.

Así, ignorado e ignorante de todo, murió en la paz del Señor, ciego y desamparado, en la camilla 9 del Hospital, siempre suspirando por una hija que no vio ya más, y que fue brasa candente en la fiebre de su agonía.

—*Ah, chère Mignon! Ma fille chérie!*

Canto rodado que vino dando tumbos, quién sabe por qué secretos del destino, a morir de pena y de soledad en un mundo completamente extraño, bajo otros cielos extranjeros y en otros brazos desconocidos.

Su cruz silenciosa, abre los brazos como en una última aspiración, en un postrer deseo de apretar aquella hija distante e imposible.

—*Ah, chère enfant!, ma petite chérie!*

¿Quién será ella?

¿Sabrá acaso la suerte de su padre?

Si alguna vez viniera a América a buscar esta humilde cruz, ennegrecida por la lluvia, quizá se estremecerían bajo la tierra las yertas cenizas y cristalizaría todo el pasado en una lágrima que alumbraría la oscura cuenca de los ojos vacíos.

Cuencas llenas de humildad y desamparo, tanto como el paso de este hombre por la vida, quizá nunca en la amargura de vuestras conchas vendrá el recuerdo a redondear la perla de esa lágrima.

«*Mirando tristemente cabecear
en el fondo las altas
Cañas Bravas*»

In Bianco Avvolta

¿Paulina Garita o Paulina Bolaños?

Que lo averigüe Vargas; nunca he podido precisar cuál fuera el apellido de esta linda muchacha, tan llevada y traída por la tradición de hace medio siglo.

En lo que están acordes los abuelos es en que se llamaba Paulina, y con tal nombre recogió la leyenda nuestro viejo cuentista don Manuel Arguello Mora. No propiamente la recogió; él le dio un carácter que no tenía, y creó un drama desfigurado y hasta salido de escenario.

En otra cosa está de acuerdo la leyenda: en que no hubo por aquellas calendas, y en muchas leguas a la redonda, moza de más garbo ni de mayor donaire.

La fantasía popular la fue idealizando de tal modo que la tuvo por algo tan delicado como una madona de Rafael Sanzio.

Los viejos que hablan de ella la pintan llena de juventud y de frescura, de castidad casi angélica, de líneas perfectas, de movimientos rítmicos, de armonía maravillosa, de delicadeza llevada hasta la ternura.

Como «La Bella Jardinera» del mago de Urbino.

El hecho es que no hubo mozo que cruzase aquellos caminos que no quedase prendado de aquella chiquilla, cuya gracia pondera la leyenda como la fuente sagrada. Y deteníanse a beber en ella los viajeros por la magia que tenía el cántaro de aquella Samaritana.

La vieja casa de teja negra estaba rodeada por dos anchos cobertizos. En uno ordeñaba ella misma las vacas y en otro su padre daba caña a los bueyes y guardaba carretas.

Y la flotante población de boyeros, que venía por todos los caminos, hacía parada allí para dar pienso a sus yuntas, para tomar un vaso de leche y dormir una siesta.

Pero, más todavía, para echar un palique con Paulina, a la sombra de los naranjos florecidos que sombreaban la casa. Algún Crisóstomo venía para hacerle versos a su Marcela y algún Don Luis Mejía venía a robar besos, mientras ayudaba a la moza a quebrar café sobre el ancho pilón. Otro tomaba la concertina y le arrancaba quejas, mientras alguno tarareaba las viejas canciones de los sesteos o contaba chistes llenos de picardía y de fiesta.

Y la linda Paulina iba, de un lado a otro, sirviendo a todos, sonriendo a todos, y escapando el cuerpo a los que querían tentarlo y escapando el alma a los que querían herirla.

Estaba su casita entre los rieles y el Puente de Pirro, allí a la orilla de «La Delia».

De memoria sabían todos los gañanes las ocho gradas de piedra que eran una gloria al ser subidas en busca de aquel ángel y un infierno cuando había que bajarlas con la cabeza entristecida por el desdén de la muchacha.

*

**

Pero no hay corazón sordo para siempre, ni fortaleza que no se rinda ante un sitiador galante. Y el galán llegó, no en una concha tirada por cisnes como el amante de Elsa, sino con los pies sobre el polvo y llamando su yunta.

Para el amor es lo mismo, que cuanto más rústico y humilde más se acerca al de Dafnes y Cloe.

Llegó el varón, detuvo su carreta bajo los naranjos y cayóle del follaje la romántica lluvia de azahares que ata la vida con cadenas de ensueño.

Dióles caña a sus bueyes, pero más dulces mieles probó su boca en otra linda boca que cantaba y reía palmeando las tortillas.

Al deleite de los ojos siguió el deleite de las palabras, a las palabras los besos y después vino el juramento, la promesa y al fin la fecha gloriosa del velo y la corona, que ambos esperaban con velo de ilusión en los ojos y corona de esperanza en los corazones.

*

**

Pero la serpiente tenía que silbar en el jaral.

Carlos, el dichoso mancebo, la oyó silbando arrojar sus venenos sobre el nombre del ángel.

—La han visto, vestida de blanco, salir por la ventana y seguir el camino tras de un amante.

Y el gañán fue Otelo, mientras Yago reía satisfecho.

Una noche ocultóse tras los árboles y espió. Era verdad. Tremenda verdad que helaba el corazón.

La ventana se abrió y por ella salió la linda muchacha, vestida de blanco, con la cabellera suelta y los ojos ardientes.

Tal como la viera Felice Romani, cuando escribía el libreto para la ópera de Bellini:

*«In bianco avvolta, lenzuol cadente,
col crin disciolto, con occhio ardente»*

A la luz de la luna, Carlos, el pobre Carlos, enamorado y triste, miró la melancólica silueta seguir el camino.

Un mozo apareció a poca distancia y se puso delante. Ella lo seguía en silencio, como si fuese un fantasma.

Llegaron a los rieles y siguieron la línea.

Carlos no pudo contenerse, fuese en puntillas tras ellos, sin ser visto, sin ser oído, con el corazón sangrante y la respiración comprimida.

—¡Paulina! ¡Paulina!

Díjole al oído.

—¡Paulina! ¡Paulina!

Repitió temblando su voz enamorada. Pero la ingrata no respondió a su ruego. Sorda e indiferente seguía los pasos del embozado mancebo que la precedía a corta distancia.

Su cabeza sintió el vértigo y la mano se alzó armada con el puñal vengador. Brilló el acero a la luz de la luna, como relámpago de plata, se oyó un grito y volvió a brillar al instante, como relámpago de fuego, empapado en sangre.

—¡Carlos, mi adorado Carlos!

Gimió la pobre Paulina y rodó al río bañando con su sangre las cepas de caña brava de la mansa ribera. Gritó también de espanto el varón que precedía el desfile.

—Hermana mía, ¿qué te pasa? ¡Hermanita!

Y Carlos lloró, sobre la tibia carne de Paulina, estremecida por los temblores de la agonía.

Desde entonces, por muchos años, dijeron las gentes que en las noches oscuras, bajo los cielos brumosos su sombra bella paseaba el río, sin tocar las aguas, vestida de blanco, con los cabellos sueltos y los ojos ardientes como llamas

*«A fosco cielo, a notte bruna,
a fiocco raggio d'incerta luna
col cupo suono di tuon lontano
dal colle al piano un ombra appar».*

Y agrega la leyenda que, al mirarla pasar sobre el agua, se mece, fúnebre y doliente, la erecta caña brava que cruje de dolor, llenando el aire de lamentos.

Son las quejas del desgraciado gañán que, aquella misma noche, clavó en su pecho también el arma trágica para dar paz a su vida.

El buen hermano iba adelante, guiando los pasos de Paulina, para volverla hacia la casa de los naranjos florecidos, donde vivía soñando con su Carlos.

La dulce niña era sonámbula.

*«Se mece, fúnebre y doliente,
la erecta
Caña Brava»*

Evocación Romántica

El recuerdo me ha entristecido.

Por ahogarlo decido alejarme del Puente.

Pero, en un íntimo afán de comprenderlo, lo acaricio. Quiero, por última vez esta tarde, pasar mi mano sobre el lomo de la cortina, como si acariciara el lomo de un amigo corcel en que he viajado por amados caminos.

Y, al correr mi caricia sobre estas piedras lisas, voy sintiendo que, bajo el temblor de la mano emocionada, saltan pequeños relieves.

Me estremezco al pensar que el Puente hubiese sido taraceado con taujía de pequeñísimas monadas y toco mejor, por convencerme.

¡Son letras! Sí, ¡Son letras!

Mayúsculas hundidas en la piedra: E - B - A, grabadas aquí muy hondamente. F - C, menos hondas acá. P - L - R, con cierto aristocrático desenfado. R - R, noblemente delineadas. A - G, esculpidas más hondamente que todas.

¡Letras mudas que estáis aquí grabadas! ¿Qué estáis diciendo?

¿Quién os dejó esculpidas con hojas de acero que agitaron las manos febriles?

¿Sois acaso un juramento y estáis firmemente grabadas en estas piedras como en el corazón que empujó esa mano?

¿Sois una promesa? ¿Sois una esperanza? ¿Talvez un ensueño? ¿Talvez un recuerdo?

¡Quién os pudiera descifrar letras calladas!

¿Dónde está Champollion? ¿Quién tiene la clave de esta otra piedra de Roseta?

¡Cuántas historias escritas aquí sabe Dios por qué corazones enamorados!

Alfabeto interminable de un poema hecho de ensueño y de esperanza, pero amasado con sal y agua de los ojos y con sangre del corazón.

Viejo Puente de Pirro, no podía faltar sobre tus piedras esta nota romántica, esta lista de amores sin nombre.

Mudos para todos, pero elocuentes para Él o para Ella.

¡Cómo habrás sonreído en tus escepticismos de viejo cuando tajó estas piedras el acero de los cuchillos!

Para tí, Puente filósofo, siempre serán don Diego Marcilla y doña Isabel de Segura.

*«Los amantes de Teruel
tonta ella y tonto él».*

No te rías, Puente de Pirro, no te rías. Es el amor que sella hasta las piedras; es el amor que habla con ellas; son las piedras que recogen y guardan los secretos.

Es Eros que vuela, desnudo y nervioso, con el arco tendido y la flecha pronta.

Eros, el más bello de todos los dioses, el que enhebra los corazones con el hilo de sus caprichos.

El que en la Cosmogonía de Hesíodo agita a Caos y a Gea, los elementos inertes, y de ellos hace surgir la vida.

Eros, el que para Empédocles sumaba el total del Universo y la razón del todo.

Eros, adolescente, caprichoso y cruel, que tiraniza a los dioses y a los hombres, pero que llena de júbilo las almas y hace cantar los corazones con notas de ilusión.

Torpe es Anteros que opone sus músculos jóvenes y le disputa el campo; torpe porque es vencido y humillado.

Eros junta y Anteros separa, Eros crea y Anteros destruye. Toda creación obra es de Eros. Anteros sólo produce la muerte.

Eros sacó del caos el mundo, Anteros quiere volver el mundo al caos.

Psiquis lo sabe y se da entera al tirano y es atormentada y dichosa y llora por él, abandonada a sus caricias.

¡Eros! ¡Eros! ¿Cómo no habías de aletear sobre las negras piedras humildes de este Puente de Pirro?

En Tespia, al pie del Helicón, las erotideyas, con sus concursos de belleza y sus torneos de música y sus carreras de blancos corceles y sus fugas de cisnes y sus lluvias de rosas, eran en torno a una piedra negra y pelada como las de este puente humilde.

Aquella piedra sumaba para ellos las fuerzas ciegas de la naturaleza. El amor salvaje y poderoso, la simpatía infinita de la materia.

Ves ahora, hermano Puente, ¿por qué estamos cerca de Tespia? ¿Ves por qué venimos también a rendir culto a Eros sobre tus negros altares?

¡Oh dioses inmortales que no envejecen nunca!

Aquí está Eros con el carcaj terciado y tendido el arco vulcánico.

De caña brava el arco, pero de fuego tropical la flecha.

*«De Caña Brava el arco,
pero de fuego tropical
la flecha»*

Las Primeras Caídas

Aquel viejo higuerón que sombrea la orilla, allí, a poca distancia del Puente, conoce al hombre que esta página escribe.

No ha cambiado mucho, es el mismo árbol que me acogió de niño, pero han desaparecido dos iniciales que grabé en su corteza.

¡Cuántas veces habrá este viejo árbol renovado las células que ofendió mi crueldad, quizá por vengarme de otra crueldad mayor, la de quien grabó esas mismas letras sobre mi corazón!

De allí también se borraron hace mucho, como si hubiesen sido escritas sobre arena.

Pero el recuerdo es indeleble. Es eterno el recuerdo y cada vez que alumbraba su lamparita, vuelven a aparecer los rincones amados, los recodos de los caminos recorridos y hasta estos árboles amigos que lloraron lágrima por la herida, mientras lloraba fuego el corazón.

Me conoce este árbol porque, siendo todavía niño, vine muchas tardes a pensar bajo el palio de su fronda.

Había oído yo que el pensamiento busca la soledad y el silencio para manifestarse.

Pero eso no vale nada si no confieso que se mezclaba a esta ansia de pensar otra ansia de amar y que, en el fondo, el alejarme, el ponerme en soledad, no sólo era para dar suelta al pensamiento sino también para oír más de cerca al corazón.

Empezaban ya en mí también las primeras tragedias de amor y este higuerón fresquísimo cobijó ensueños en que se hermanan el idealismo y el amor.

¿Quién era Ella? No interesa decirlo. Lo que sé es que fue una musa, porque para pensarla y para amarla, di en la flor de escribir versos.

Eran versos de primicia, torpes y vacilantes, pero probablemente sinceros, porque recuerdo cómo me enternecían. Y es más, recuerdo cómo enternecían a José Mejía, el vaquerillo de la casa paterna. Este Mejía era un negrito simpático, huérfano de todo afecto, que se arremió a nuestro alero en esa forma doliente de esclavitud que llaman entregado.

El venía a dejar los terneros a ese potrero que fue de mi padre y yo aprovechaba su compañía para reclinar me bajo el higuerón a rimar ideas y buscar consonantes.

Después me corté la coleta y no quise volver a escribir versos, seguro de que no tenía vena poética. No sabía yo que, andando el tiempo, iban a llamar poesía todo disparate y toda sin razón.

No sabía yo que aquellos detestables versos míos habrían sido hoy quizá iguales a muchos de esos que publican los futuristas y los postu-mistas de últimas hornadas y que los pequeños círculos de autobombos se empeñan en bombear.

No fui yo poeta, pero mis escapadas a la soledad sí favorecieron a Mejía, que fue haciéndose músico.

Me acompañaba horas enteras mientras yo cazaba mariposas de luz, y para no interrumpirme, cortaba él cabos de caña brava, los tajaba de modo maravilloso y hacía flautas. En esas rústicas flautas, que a veces dejaba escondidas bajo las piedras, fue el buen muchacho aprendiendo los milagros de la música.

Como Pan, el dios de los bosques, de la caña sacaba armonías y es posible que en sus sueños danzaran ninfas desnudas como en los bosques de la Arcadia.

*

**

Otro recuerdo alegre, pintoresco, suena sus castañuelas y piruetea en el recogimiento de esta meditación romántica.

Otra mujer amada, otras iniciales enlazadas por estas manos pecadoras en la corteza de un naranjo florecido, otra caída en el viacrucis de la adoración.

La nota cómica y ridícula acallando la nota romántica y sentimental.

Yo andaba todavía con el calzón bombacho a la rodilla cuando me salió este amor dentro del alma.

La iniciación en el camino de los dulces sacrificios.

Mi doña Inés gastaba un nombre de los que tienen lugar en el santoral del calendario. Y un día llegó el onomástico, para ella tan esperado y para mí tan temido.

En sus proximidades yo metía muchas veces la mano al bolsillo y sólo hallaba cuarenta centavos que daban vueltas y vueltas sin lograr aumentarse.

¿Qué hacer con cuarenta centavos? La necesidad es madre de la industria. Y el robo es una industria. ¡La industria del demonio!

Registré una arquilla de joyas que había en casa y despedí de ella un par de aretes bellísimos, con piedras rojas, como lágrimas de granada. Un par de aretes que mi hermana Isabel llevaba en las fiestas de guardar, para envidia de extraños y orgullo de propios.

Los cuarenta centavos trajéronme un estuche de cartón violeta; un boticario amigo lo llenó de algodón rosado y oloroso y mi pecadora mano colocó dentro los aretes benditos.

Y el día onomástico era yo el galán que respondía orgulloso, en un banco del parque, los pormenores del diálogo.

—Qué bárbaro, ¿para qué me regaló cosa tan cara?

—¿Qué vale eso para una reina a quien yo diera el mundo entero, si el mundo fuese mío?

Pero la alegría fue efímera.

En casa andaba todo el mundo revuelto. No había rincón que no hubiese sido hurgado en busca de los aretes.

Yo sonreía con marcado escepticismo.

Al fracaso de las pesquisas sucedió la fe en los milagros.

San Antonio tenía que devolverlos. Cirio tras cirio se consumían frente a la imagen del buen santo y había fe en que la prenda volvería a la arquita.

Yo permanecía escéptico, pero ya no sonreía. Tenía un miedo cerval de que el milagro se hiciese patente.

*

**

Un día, por fin, hubo jolgorio en casa con motivo de un cumpleaños, y vino la reina de mis ensueños.

Cuando yo la vi entrar palidecí. Venían colgando de sus lindas orejas las dos piedras rojas, como gotas de sangre.

Temblaban ellas con el garboso taconear de los pasitos menudos, pero temblaba más mi corazón.

Opté por la escapada.

Al día siguiente me enteré del resto. Mi hermana los había columbrado, y, sátiras e indirectas, pusieron más rojas las mejillas de mi ángel que los benditos aretes.

Nadie insistió, pero mi bella víctima había descubierto el pastel.

Cuando volví a darme cuenta de las cosas mi madre me entregó el estuche que había sido devuelto. Lo abrí atónito y, aunque los aretes habían sido ya decomisados, todavía estaba allí, dobladito cuidadosamente un papelillo que decía.

«Gracias por su regalo, creo que hemos concluido».

*«Cortaba él cabos
de Caña Brava
y hacía flautas»*

¡Adiós!

Vencido al fin por la contemplación de aquellas letras, enlazadas sobre la cortina del Puente, yo también, como otros tantos, preparo mi herramienta para esculpir iniciales.

Y, al apretar la hoja de acero entre los dedos, estremecidos de pasión, la sirena de un automóvil, que viene a la distancia, me arranca de la encantada abstracción romántica. Nerviosamente, como quien ha sido sorprendido en falta, oculto el arma que iba a delatarme sobre las cortinas del puente.

El carro pasa rápido y ruidoso.

Va en él una joven pareja y pienso en Eros, voluble y vario, que viaja ahora en automóvil y ya no sabe esculpir iniciales sobre las piedras mudas de los puentes.

La prosa de ese carro ha roto este silencio en que viajaba mi ensueño por el país del recuerdo.

Sobre la majestad del puente ha temblado la luz de las primeras estrellas. A las puertas de la ciudad chispea histérico, con su luz desteñida, el primer fanal eléctrico encendido recién.

El puente se va hundiendo en la sombra y mi espíritu, ensombrecido de tristeza, emprende el camino del retorno.

¡Adiós, Puente de Pirro! Adiós, viejo puente que me has acogido en tu arco para llevarme un minuto al bosque del pasado, donde cantaba el ruiseñor.

Adiós Puente de Pirro ... mi mano estremecida te saluda alejándose.

.....

Un viento acariciante viene del puente a mí. Lo siento en mí como un enorme beso.

A la luz de las estrellas veo cien manos amigas contestando mi adiós.

Es que aquel viento agita desde el fondo la erecta, la humilde, la bella caña brava.

«La erecta, la humilde,
la bella
Caña Brava»